

Ensayo

Análisis de la relación entre supervivencia, identidad y violencia en nuestras redes sociales contextuales.

Autor: Daniel Andrés Mora Lugo

Fecha de desarrollo: Mayo-Octubre 2018

Última revisión: 12 de Octubre de 2018

Edición: 01

Hay una gran diferencia entre: argumentar una posición ideológica y QUERER tener la razón. Entre tener poder personal y QUERER tener *poder* sobre los demás (o el entorno). Entre el “mira, yo existo” y el “mírame, soy un putas”,.

Es renuente en nuestro contexto social presenciar comportamientos tales como: fanáticos de un equipo linchando a hinchas de otro; seguidores de un partido político desmeritando a simpatizantes de diferentes partidos; adeptos a una creencia religiosa insultando a terceros porque proceden distinto a su norma; inscritos a una doctrina menospreciando a aquellos que no piensan como ellos; y como estas, existen expresiones de la misma raíz a múltiples escalas que buscan el sometimiento ideológico y emocional del otro.

Hago claridad que lo mencionado no es algo que suceda exclusivamente en nuestro país. No, esto es una característica transversal a la sensibilidad humana y a nuestro desarrollo histórico, sólo que considero conveniente, centrarme en contextos cercanos, con el ánimo de analizar esas realidades inmediatas desde las cuales sí podemos hacer palanca para ejercer un cambio.

A qué se debe esa necesidad de subordinación del otro, ese coacción de “Yo tengo la razón y tu no”; “lo mío es lo verdadero y lo tuyo es falso”; “lo mío es válido y lo tuyo invalido”. Posiciones que perpetúan la violencia, violencia que la tiránica ilusión de la “unidad” y el “consenso” hegemónico promete erradicar.

Todos tenemos la necesidad legítima de sabernos verdaderos, sentirnos valiosos, reconocidos, escuchados, atendidos, entre otros. Este conjunto de necesidades genuinas están en íntima relación con nuestra necesidad básica de supervivencia, relación que nos proponemos desglosar.

Aquí, surge el cuestionamiento: ¿En qué momento se perturba este conjunto de necesidades de reconocimiento y validez para transformarse en obligar al otro a que nos escuche, nos de la razón y nos haga saber valiosos?, ¿En qué circunstancias se genera dentro del marco de la construcción de la identidad una adhesión inflexible a una ideología, creencia o cultura que debe negar al otro para “yo” ser?.

El objetivo de este ensayo es **revisar algunos de los aspectos psico-político-simbólicos que influyen en el desarrollo de comportamientos subordinadores-violentos en casos donde la vida no se encuentra directamente en riesgo de muerte o condiciones de extrema precariedad bio-socio-económica** (Ejemplo: políticas públicas que empobrecen una región, o la orden de ejecución de una masacre). O sea, analizaremos aquellas situaciones en las cuales nuestra vida no está en riesgo y aún así establecemos una relación violenta, denigratoria y de sometimiento del otro. Ejemplo: El hincha de Millonarios que amedraanta a una transeúnte (ni siquiera un hincha) por llevar una camiseta roja cualquiera; o el fanático del *duquismo* que insulta al *petrista* porque es seguidor del partido opositor. En estos casos, la vida del ejecutor de la violencia

no está “literalmente” en peligro de muerte, pero si está ejerciendo una práctica de poder *opresión-sumisión* en orden de que su símbolo social de validación e identificación (el equipo al que sigue o el partido al que promueve) prevalezca y se imponga sobre el símbolo social del otro, en otras palabras “tu tienes que reconocerme así sea a las malas” o “tu tienes que darme la razón porque yo TENGO la razón”.

Si bien, el ensayo no se enfoca en las situaciones *bio-socio-económicas públicas* o en las *decisiones de políticas estatales* que oprimen a poblaciones enteras, sino que busca analizar los micro comportamientos mencionados previamente entre los sujetos y sus contextos inmediatos, es evidente que los sujetos portadores de una psique como la que vamos a descomponer, van a manifestar comportamientos violentos al ascender a posiciones públicas impregnando con su psiquis y madurez emocional esas esferas de decisión. Por lo tanto, solicito al lector que realice el ejercicio de transferir las competencias analizadas en este ensayo, a esos estadios donde los sujetos tienen capacidad de decisión a nivel público en orden de que la disertación no se extienda demasiado.

¿Por qué hacer esta aclaración?, aunque nuestro desarrollo biosociológico desde la infancia se ve atravesado por la cultura, la economía y los valores de nuestro entorno, los cambios sociales sólo son posibles, gracias a los clúster de individuos que al reconocerse sujetos de las citadas variables, deciden reprogramarse a si mismos a través de pedagogías auto-reflexivas, auto-observantes y crítico sociales, para luego si, en su interrelación con el entorno proponer y actuar nuevas modos de relación y políticas comunitarias.

Recalco, son los ciudadanos, sujetos re-educados y re-programados, consientes, sensibles, interconectados, autónomos, con conocimiento y sabiduría de si mismo y de su entorno, los que pueden ejercer cambios sociales no sólo desde su cotidianidad, sino que al entrar a la esfera pública podrán plasmar el cambio que ellos mismos ya son. Una persona que no haya realizado estas transformaciones a priori en si misma, difícilmente podrá generar, apoyar o promover una política pública que no esté más allá de sus intereses individuales. *“Be fisto the change you want to see in the world”*. Gandhi.

Por lo tanto, distinguir algunas de las motivaciones de los comportamientos subordinadores-violentos en casos donde la vida no se encuentra directamente en riesgo de muerte o condiciones de extrema precariedad bio-socio-económica, es vital para la auto-observación y la transformación propia, y así generar nuevo modos de relacionamiento.

Algunos ejemplos para ubicarnos

Durante la acalorada temporada de elecciones, un primo de tan sólo 16 años, Juan Ricardo Barreto, publicó un artículo en defensa de quien el consideraba sería el mejor candidato para acceder a la presidencia, Gustavo Petro. Comparto un fragmento de su discurso:

“La primera historia transcurre en el año 1992. Uno de los jueces de orden público había proferido un fallo judicial que amenazaba el proceso de paz que se había realizado con el entonces grupo guerrillero M-19 y que había culminado en la desmovilización de este mismo el 9 de marzo de 1990. El fallo llamaba a juicio a veintiséis miembros relevantes del M-19, algunos para ese momento ya eran senadores, y el argumento en el

que se basaba la justicia era la ley de indulto firmada por el ex-presidente Virgilio Barco en 1989, la cuál excluía del perdón los delitos atroces.

“Como aquella decisión judicial ponía en riesgo el proceso de paz con el M-19, en la noche del miércoles 20 de mayo de 1992 hubo una enorme tensión política en la plenaria del Senado, pues no existían normas para evitar dicha decisión judicial. Fue en ese momento cuando el senador liberal le propuso a la plenaria del Senado conformar una comisión para encontrarle una salida legal a ese limbo jurídico. Uribe, casi al filo de las 8:00 de la noche, tomó la palabra y le propuso al Congreso encontrar esa opción. “Desígnese por la mesa directiva una comisión accidental, con representación de todas las fuerzas políticas, la cual buscará un acuerdo con el Gobierno para tramitar con celeridad un instrumento jurídico que haga claridad en el sentido que la amnistía y el indulto aplicados al proceso de paz incluyen aquellos delitos tipificados en el holocausto de la Corte, a fin de que no subsistan dudas sobre el perdón total en favor de quienes se han reintegrado a la vida constitucional”. Ese fue el texto de la propuesta del senador Uribe Vélez que la plenaria del Senado aprobó de forma unánime. Y fue la “primera piedra” para que el Gobierno y el Congreso tramitaran la que Antonio Navarro llamó “Ley de reindulto”

El discurso continuaba por más o menos tres hojas, allí, Juan Ricardo exponía sus razones con argumentos, citas históricas, notas de eventos que permitían interpretar la doble moral de Álvaro Uribe en las previas elecciones y el valor de Gustavo Petro como el candidato idóneo para el cargo que se disputaba.

Puede que usted y yo, no estemos de acuerdo con la posición política de Juan Ricardo Barreto, puede que para usted Gustavo Petro sea el de la doble moral y Uribe sea el mesías, o no, ninguno de los dos, o cualquier variable, pero lo que no se podía negar al leer el trabajo argumentativo e investigativo del joven de 16 años, es que era excelso. En ningún momento de su disertación atacó a Uribe Vélez como persona e individuo, sino que relató eventos bibliográficos en el quehacer del ex-presidente y actual senador que permitían a cualquier lector sacar sus propias conclusiones. Lo mismo realizó, al exponer las labores y hecho del futuro senador Gustavo Petro.

Horas más tarde, aparecieron las primeras replicas de reconocimiento al ejercicio crítico de Juan Ricardo, pero no tardo en manifestarse una persona con la siguiente expresión: *“Eso no lo escribió usted, usted no sabe nada porque usted no había nacido en ese entonces, (...) a parte ¿Por qué perdonar a Petro?, si es un guerrillero que va a volver a este país en otra Venezuela castro-chavista”*. Cosas más, cosas menos.

Si se fijan en este sencillo ejemplo que pueden transferir a otras situaciones de la vida diaria donde se enfrentan posiciones opuestas, la persona que hizo réplica, no buscó construir una contra-argumentación válida con algún dato o bibliografía que rebatiera el discurso de Juan Ricardo, como por ejemplo: *-No Señor Juan Ricardo, lo que sucedió fue lo siguiente, para esa fecha el artículo que salió fue tal con tal, y quienes lo procedieron fueron estos y estos-, o -No señor, el senador Álvaro Uribe no fue coautor de aquella ley, aquí le presento la ley del reindulto extraída de tal fuente, etc.-* estos, por poner algunos ejemplos de posibles procedimientos; pero no, lo que se ve es que esta persona al hacer replica, no estaba buscando hacer una contra argumentación, sino *la invalidación y anulación* de Juan Ricardo como persona al inferir que el era “incapaz” de hacer lo que había hecho por su edad.

El anterior ejemplo presenta una situación donde vemos claramente una confrontación ideológica entre dos personas y no una situación donde la vida del replicante (y de ninguno de los dos) esté particularmente en peligro de dejar de existir. Un acontecimiento donde quien responde busca a través de la humillación y la invalidación, no la argumentación, tener una subordinación del otro. ¿Por qué la reacción tan visceral y violenta si la vida del replicante no estaba en riesgo?, ¿Por qué?, ¿Por qué tener la razón a cualquier costo?, ¿Si la vida del replicante no estaba en peligro cuál es la proyección simbólica que está haciendo?, ¿Qué es lo que no está ahí que le está afectando?

Hay una diferencia entre agresión y violencia a tomar en consideración en esa disertación y del porque no usamos la palabra **agresión** y si la palabra **violencia**. Nos basamos en la definición propuesta por Boggon (2006) que relata de la siguiente manera:

*La agresividad es un concepto descriptivo y no valorativo, ya que esta representa la disposición o capacidad que tenemos como humanos para manifestarnos agresivamente, para oponer resistencia a las influencias del entorno, esta, siempre se dirige del agresor hacia un agredido, siempre tiene una dirección hacia donde o hacia quien se dirige el acto, y finalmente un objetivo, la de dañar o la de evitar ser dañado. Y aunque la **violencia** también tiene una intencionalidad, esta si se ve atravesada por un concepto valorativo, la motivación siempre tendrá que ver con el poder, con la **imposición de un sujeto sobre otro**, con la imposición de significados. La violencia es una forma de ejercicio de poder mediante el cual se emplea la fuerza (ya sea física, psicológica, económica o política) para el dominio y subordinación del otro. Esta va implicar la existencia de símbolos psicológicos en el victimario y la víctima de un arriba y un abajo, un bueno y un malo, un correcto o un incorrecto, un verdadero y un falso. Se reconoce en la base de todo acto violento la presencia discriminativa, y en la búsqueda de eliminar esas diferencias -por no poder soportarlas- es que se acude a la violencia como solución (p6).*

Al tener en cuenta esta diferencia conceptual es que podemos continuar analizando la raíz de esa necesidad de gravar nuestra razón o verdad sobre el otro a través del ejercicio de poder violento.

Cuando el *petrista* denigra la identidad de los *duquistas* (o viceversa) porque, es el otro el que está mal y yo estoy bien, se está realizando un ejercicio de autovalidación a costa del otro, es un a practica tergiversada en la auto-reafirmación de la identidad, “Yo necesito estar correcto para ser verdadero, por lo tanto usted debe ser lo incorrecto, y si soy verdadero, valgo”.

Pero, de dónde surge esa necesidad empecinada en el ejercicio de construcción y reafirmación de la identidad de “estar” en lo correcto; de imponer nuestro “correcto” al otro y por consiguiente, los desarrollos volitivos que de ello se desprenden, las cosas que debemos hacer para “estar en lo correcto” y para imponer nuestro “correcto” al otro?, lo cual nos invita a preguntarnos ¿Hasta dónde llegamos para lograrlo?.

Para continuar, es inevitable destacar que la necesidad de compartir nuestras creencias, de validar quienes somos en relación al otro, de sentirnos reconocidos al exponer nuestras ideas; son motivaciones legítimas en la construcción de la identidad y supervivencia, indispensables y necesarias. Son comportamientos saludables y enriquecedores. Lo que estamos buscando descomponer es ¿En qué momento este conjunto de necesidades legítimas se transforma en violencia e inflexibilidad hacia el otro y hacia mi mismo?; ¿En que momento el otro no tiene posibilidad de ser, ni de entra en mi, ni tengo la capacidad de

reconocerlo o aceptar su punto de vista?; esos episodios en que el otro no es válido y muchas veces ni llega a existir en orden de que lo “mío” sea verdad, ley que el otro tiene obligadamente que acatar y ejecutar, de lo contrario es *–un imbécil, un tarado, una perra, etc.–*, aseveraciones que entran en el marco del irrespeto y la violencia de la persona.

Con lo anterior no estamos insinuando que en uno, no puedan surgir mental y espontáneamente estas calificaciones en el proceso de proteger su identidad y el territorio psicológico frente a los disidentes de la posición o visión que tengamos de la vida; pero si cuestionarnos, en qué momento aparece en nosotros ese movimiento pragmático en el que nos vemos compelidos a taladrarle verbalmente al otro alguno de los previos calificativos, a imputárselo con todas las fuerzas de nuestro ser, a lanzárselo a la cara con toda la discriminación posible y muchas veces a doblegarlo físicamente.

Podemos salir a decir en nuestra defensa y manifestar que si un acto violento surgió de nosotros fue por -rabia, dolor, malestar, porque lo que el otro hacía estaba mal, porque no debería vivir así, porque las cosas no son de esa manera, porque el otro no estaba viendo la “verdad”-; y si lo pueden notar, el discurso subyacente al dolor, al malestar y a todas las anteriores defensas, lo precede el arquetipo interno en cada uno de nosotros llamado “El Juez”, Juez que se adhiere a una “ley”, a una ideología, a unos símbolos y creencias que se aplica primero así mismo y luego al otro.

Una parte del discurso de ese “juez” interior va así cuando se enfrenta al otro: *–“Tu posición (la ley del otro) está en contraposición de la mía, por lo tanto entramos en una lucha de poder, donde “mi” ley debe prevalecer, porque yo debo ser verdadero”–*. Y ahí, ya no hay modo de compartir, porque domina la capacidad de juzgar y la necesidad de someter al otro.

Pero nuevamente, el círculo de dolor, rabia, “mi verdad” y sometimiento del otro, no resuelve la raíz del problema, pero nos permite saber que camino seguir. ¿Por qué necesitamos que nuestra verdad sea la verdad del otro?. Aquí, iremos analizando distintas posibilidades que se entrelazan en el intrincado sistema de *supervivencia-seguridad-reconocimiento-vinculo-poder-verdad*.

Una de las opciones más evidentes, es que la “verdad” del otro, nos lastima. Tu proceder nos está afectado, ya sea porque es muy opresiva, se está ejerciendo con exceso de fuerza o de manera violenta. Allí, establecer un límite para la protección del ser y la identidad es de vital importancia, por lo tanto un acto *agresivo* estaría justificado para poner resistencia a la influencia violenta del otro o del entorno. Por lo tanto, me surgen dos preguntas: ¿Qué pasa cuando no hay un ejercicio directo de lastimar por parte del otro sobre mi, sino que, el sólo hecho de que el otro sea diferente, ya me lastima, me incomoda inmensamente?, y llegado el momento de establecer un límite para mi protección ¿Cómo lo establezco?, es un límite de: *–Por favor me respetas–*, o es: *–¡Usted es una farsa que se puede ir al carajo, vaya donde su mamita zutanita a que le de comer por el *”#\\$*!”–*, o quizás, *–Usted no me importa, porque por su condición usted no tiene ni voz, ni voto para mi–*, o mejor, *–Usted es un corrupto, porque todo mundo lo dice, pero yo no tengo pruebas, pero igual es un corrupto y nada de lo que usted haga tiene valor para mi–*.

Validez para sobrevivir

Hace un par de años escuché a un compañero de trabajo decir cuando regresábamos a la oficina de una reunión donde el presidente de la compañía que visitamos había sido muy grosero: -“*Alguien que necesite tanto poder (refiriéndose al presidente grosero), tanto reconocimiento para sentirse bien, ya de entrada tiene problemas*”-.

Hemos crecido en una sociedad donde la violencia está legitimada, donde significa más alcanzar el objetivo, llegar a la cima, tener la razón que el cómo lo hacemos, cómo llegamos. No importan los medios, importan los logros. No afecta por encima de cuantos tengamos que pasar para llegar a ese puesto, a ese cargo o a tener la razón; porque finalmente llegar a ese puesto nos va a dar “sentido”, nos va a “dar la razón”, *la razón* que nos valida como seres, y *la razón* para imponer o influir con nuestro *razón*. Son aquellos que tienen más hambre, más necesidad de... (los más vacíos de sí mismos), los que llegan arriba arrasando con mucho, y muchos a su paso. Pero, ¿Por qué esa necesidad exacerbada, esa hambre? ¿Por qué urgimos que el otro nos valide con urgencia?, ¿Por qué precisamos que el otro se acopie (a la fuerza) en mi creencia?.

A partir de este momento analizaremos algunos factores que aunque parezcan ajenos a la temática, son los que nos permitirán dar respuestas a los cuestionamientos de este ensayo.

Comenzaremos poniendo sobre la mesa la necesidad primaria de *supervivencia*. Sobrevivir, es el instinto biológico que marca nuestra misma existencia, esa programación latente que no nos deja morir en orden de preservar la especie, la vida misma. Está tan, pero tan profundamente implantada en nosotros que los mismos cimientos de nuestra realidad encuentran sustento en esa norma.

En nuestra especie, la supervivencia encontró un gran aliado en la creación de grupos y comunidades que gestarían las sociedades. Esa aglutinación que permitió el desarrollo del lenguaje y tecnologías se convirtió en la piedra angular de nuestra supervivencia.

Quedar excluido o apartado, significaba o representaba una mayor tasa de mortandad y por ende disminución de *supervivencia*, esta reiteración quedó escrita, entendida y programada en nosotros algo así: -“*Una muerte o exclusión social, representa una muerte biológica. Quedar sólo y a la deriva, es perecer*”-. Consigna muy real en la prehistoria, sobre todo para un infante. Un infante de nuestra especie que está constreñido a requerir de los otros para sobrevivir y ser.

Recordemos que nosotros somos una especie que necesita del otro para desarrollarse, sino, véase el caso de los niños ferales, donde en la ausencia del otro, la cultura y la sociedad, algunas veces se pueden desarrollar procesos motores (caminar, comer), pero no procesos psicológicos superiores (lenguaje, simbolismo, proyección, planificación, análisis, etc.) (Alonso, 2009), (Huertas, 1997), (Vigotsky, 1987).

Un infante en nuestra especie depende completamente de los adultos para su supervivencia, su alimentación, su cuidado, su albergue, todo. El niño, en primera infancia al verse desprovisto del grupo o de su núcleo de relaciones, inmediatamente era (y es) presa fácil para los predadores. Recordemos que el niño aunque sea niño también tiene implantado el código de *Sobrevive*. Así que, este infante está compelido a subsistir, a encontrar la manera de mantenerse en el grupo, de ser aceptado en primera instancia por sus progenitores y por el clan, y así, garantizar su conservación.

A partir de ahí, surge la siguiente línea del código: -“*para sobrevivir necesito pertenecer, tener vínculo, y para tener vínculo, necesito ser reconocido. Si no soy visto, muero*”-. Estas líneas de código primigenias, desarrollarán las complejas y múltiples manifestaciones sociales que desplegaremos posteriormente. Sobrevivir bajo esta nueva ruta del código, implicaba que el infante o sujeto de la época debía conseguir clan y ser visto o reconocido por el otro para proveerse de vínculo y aumentar sus posibilidades de existencia. ¿Pero cómo garantizarse ser visto o reconocido por el otro para poder pertenecer al clan?

Una de las variables que pueden ayudar a responder el previo cuestionamiento es la del concepto psicológico de valor. Entiéndase *valor* como la cualidad de las cosas, en virtud de la cual se da por poseerlas ó, el alcance de la significación o importancia de una cosa, acción, palabra, atributo (Dle.rae.es. (2018).

A qué se le da valor, y el porcentaje que se le otorga a eso que se le da valor, puede variar de cultura a cultura dependiendo de las necesidades y objetivos que esa comunidad posea o haya construido. Pero a rasgos generarles, conservamos o preservamos aquello que tiene valor o nos han enseñado que tiene valor.

O sea, ser valioso, ser valido está en relación directa con el hecho de preservación. Si somos reconocidos valiosos o válidos, aumentamos nuestras posibilidades y garantías de pertenencia al grupo, inmediatamente, incrementando nuestras oportunidades de permanencia.

Para saberse valioso de algo o de uno mismo se deben reconocer las características o atributos que ese algo posee, qué tiene, qué aporta y qué representa. El ejercicio de saberse valioso de algo o de uno mismo no es un actividad que propenda de uno únicamente. El otro u otros, cumplen una función importantísima en esa validación-invalidación o construcción de valor de uno mismo, ya que primero, *el otro* me enseña a *qué se le da valor* y luego valida o invalida los criterios que uno pueda haber formulado para ese valor. Ejemplo: Pilar puede saberse inteligente, pero ese saberse inteligente pasó porque sus progenitores se lo hicieron sentir y percibir de esa manera; pero al exponer esa idea a un grupo más grande, a una socialización de pares, puede descubrir que su concepto de inteligente no encaja con los establecidos socialmente, entonces el valor a su criterio entra en conflicto y puede perder vigencia, creando un nuevo valor. Otro prototipo puede ser el del niño que fue tachado de incompetente por su progenitores, en este caso no importa como lo hayan hecho, lo importante es que ese niño crecerá con una fuerte convicción de incompetencia que posiblemente se vera reafirmada por un contexto social mas amplio, posiblemente en el ámbito laboral al ser despedido reiteradamente de diversos trabajos. Otro caso puede ser, el del joven que se supo atractivo desde pequeño, porque conseguía la atención prolongada de sus progenitores, y que posteriormente se podrá ver aprobado por un entorno social más amplio, que también lo considerará interesante; este joven entonces, reafirmará por el otro que si lo es, y por consiguiente la construcción de su identidad estará sujeta una y otra vez a lo que el otro sostenga de él.

Por lo tanto, valor e identidad se entrelazan. ***Si importa*** lo que digan los demás de nosotros, no podemos construir nuestra identidad y valor sin la enseñanza y feedback del otro. El ser humano es una especie social, que se retroalimenta de la individualidad de sus sujetos y las posturas de sus estatutos sociales en un gran circuito interconectado. El uno no existe sin el otro. Pero aquí deviene la pregunta: -¿Cuánto va a importar lo que diga el otro para nuestra supervivencia?-. Desde nuestra perspectiva, muchísimo. Lo que el otro piense de nosotros, del valor que nos dé (sobre todo si es una figura significativa con capacidad y

autoridad en la toma de decisiones), influirá en la determinación de si somos aceptados o no, de si podemos pertenecer o no a la agrupación.

Traslademos esto al niño de la prehistoria que depende de ser reconocido por sus progenitores. Si por alguna razón el valor que tienen sus progenitores sobre lo que debe ser y tener un niño no encaja con la realidad de lo que es y tiene el niño, las posibilidades de que el infante pueda ser excluido irían en aumento, y recordemos que ser aislado del clan que provee seguridad y protección en la psiquis subconsciente del niño (y de cualquiera) significa *-no voy a sobrevivir-*.

Esta línea de código reiterada, no es algo que sucedió y se quedó atrás en el tiempo, sino que se confirmó a lo largo de nuestro desarrollo antropológico y es vigente en nuestra contemporaneidad. Lo que el otro piense de nosotros, el valor que nos dé, determina si somos aceptados o no, si nos quedamos en el grupo o no. Algunos ejemplos:

- Si la madre reconoce a su hijo digno de valor lo conserva, sino no.
- Si el padre reconoce a su prole digna de valor la conserva, sino no.
- Si el jefe ve valor en su empleado, lo conserva, sino no.
- Si el par reconoce valor en el otro, se hacen amigos, sino no.
- Si el parche de paceros ve valor en el nuevo integrante, se queda, sino no.

Mencionamos nuevamente que los constructos de valor de cada persona y clúster varían dependiendo de sus contextos y necesidades, estas variables van construyendo nuestro valor (identidad) en relación con el valor que percibamos nos pueda garantizar ser reconocidos para asegurar vínculo, pertenecer a un clan y sobrevivir. Porque estar en el grupo, ser parte de un clúster muy intrínsecamente es una relación directa de supervivencia. Por lo tanto, buscar ser visto y reconocido (sobre todo en la etapa de la infancia), es un movimiento genuino. Por un lado, nos válida y refuerza el constructo de identidad y por el otro mejora las posibilidades de pertenencia a una o varias tribus, potenciando los medios de conservación propios y del clúster.

Pero, ¿En qué momento podemos encontrar aquellos factores que influirán en las edades posteriores a la infancia (edad juvenil y adulta) en la necesidad moderada y legítima de reconocimiento frente a aquellos agentes que producirán una avasalladora necesidad en las personas adultas de ser comprobadas reiteradamente?.

Los trabajos investigativos de Bowlby (2008), Kohut (2013), Rogers (1963), entre otros, nos presentan evidencia referente a la herida que se genera al no recibir la adecuada atención en la primera infancia, falta de adecuada atención que se convertirá en la necesidad adulta de compensar con sustitutos. Es algo como: *-Si no fui visto o reconocido adecuadamente por mi padre, madre, o personas significativas en la infancia; en la edad adulta, voy a estar buscando en los ojos de los demás el reconocimiento que no recibí de ellos-*.

Aquí podrías decir (si eres exceptivo a este tema), *-“vuelve y juega el tema del padre y madre en la infancia”-*. Pero increíblemente, es la piedra angular al que las investigaciones retornan una y otra vez como

fuentes de las problemáticas del adulto, tanto así, que al momento de trabajar andragógica o terapéuticamente el sistema nuclear en la relación padre-madre-hijo los efectos de las violencias se disipan.

Un poco de historia personal

Como seres sociales, somos creaturas de herencia y de historia, nos vamos construyendo sobre acuerdos; acuerdos que nutren el sistema individual y social, esos acuerdos están supeditados a acuerdos previos que se encadenan y transmiten de generación en generación. Los primeros acuerdos que recibimos como seres existentes son los acuerdos heredados de nuestros progenitores, que a su vez, ellos recibieron de sus progenitores y contextos sociales, y de ahí, hacia atrás.

En Colombia somos la historia que nos precede, y aquí, me permito desviar un poco la temática para complementar las razones de porque desentrañar el origen de las violencias en nuestros contextos, ya que son estos contextos violentos los que me han hecho cuestionar, porque sólo a través de reflexionarlos, puedo repensarlos. Si en nuestro país, somos la historia que nos precede, muy bien podemos ser la re-significación de los acuerdos heredados por nuestra historia, y aunque esa re-significación es motivada por agentes externos, sólo es posible en el acto de introspección, retoma de poder personal y maduración del individuo. Si queremos una Colombia diferente y madura, debemos empezar haciendo el ejercicio personal y propio (aunque se trabaje en grupos) de re-escribir la historia que nos haya correspondido y esa historia de acuerdos empieza con Papá y Mamá.

Muy personalmente, considero incongruente estar exigiendo paz afuera, cuando interiormente se es un mar de conflictos, conflictos internos que proyectamos en nuestra interrelación con el mundo. El conflicto afuera es el conflicto que expresamos desde adentro. Podemos querer la paz, pero nuestra disputa interna se manifestará en el escenario externo de alguna manera, saboteando *el querer* y reemplazándolo por lo que realmente sentimos que nos merecemos. El conflicto siente que se merece castigo, culpa, violencia, más conflicto, pero nunca paz, y esa norma incluye a los individuos que están en la esfera de decisiones público-estatales, individuos que si no han resuelto su conflicto interno lo plasmarán en esos niveles y alcances de poder. Porque al final, no se trata de lo que queremos, sino de lo que sentimos que nos merecemos. Es por eso que para hablar de sociedades maduras, se debe dialogar la gestación de sujetos maduros, sujetos que al alcanzar una taza representativa puedan generar los cambios sociales que requerimos. Una sociedad madura es la sumatoria de sus individuos maduros. No pueden haber una sociedad madura, si sus individuos no son personas y ciudadanos políticamente maduros. Por eso, para que hayan cambios sociales, se debe empezar desde uno mismo, para que desde esa madures personal y política, sumada al trabajo personal y propio de otros individuos que han re-significando los acuerdos históricos heredados puedan formar colectivos, hasta llegar a ser sociedades que gestan una nueva cultura. Individuos que al ingresar a la esfera público estatal posean una nueva dialéctica de la realidad (la cual es histórica-heredada), porque en si mismos está re-significada.

El no reconocimiento de la historia, de la raíces, deja sin sustento al individuo y a la sociedad para encontrar su identidad. Por lo tanto, la revisión de la historia-relación: padre-madre-hijo en la primera

infancia y la adolescencia es un sistema que debe ser revisado por cada individuo en orden de saber donde hacer palanca para re-escribir la *historia-acuerdos* propios y nacionales que estén vigente en si mismos.

Claramente hay trabajos de herencia histórica que son importantes analizar, como la conquista española, quiénes fueron, de dónde venían, cómo llegaron y podríamos remontarnos hasta la antigua Grecia. Podríamos analizar la herencia de violación y despojo que sufrimos en las diversas guerras nacionales, evidenciar como esa herencia desembocó en la violencia de los años 40, y como sus actores y secuelas ha mutado hasta las violencias actuales, pero eso, haría de este texto un trabajo muy extenso, sin desconocer que es una historia que es importante revisar y reflexionar por cada individuos que esté buscando re-significarse para reescribir su mundo (clarifico que esa revisión histórica no sólo debe centrarse en los acontecimiento negativos, sino también evidenciar los triunfos que como sociedad y humanidad hemos alcanzado).

Por lo tanto, nos seguiremos enfocamos en el sistema-histórico sobre el que podemos hacer palanca directa y es nuestra historia individual, que es el sistema familiar nucleico *padre-madre-hijo*, que sin duda también está atravesado de manera particular por esa macro historia-cultural nacional.

Es en la relación (historia-acuerdos) *padre-madre-hijo* (en la primera infancia) donde se encuentran los factores suscitadores de la completitud o del vacío que el adulto experimentará. Hemos establecido que el adulto que ha sido depositario de una atención adecuada por sus relaciones significantes en este estadio de su desarrollo (la infancia) desplegará una autoestima (valor propio) saludable y por lo tanto no se verá compelido en su adultez a la necesidad perturbada de reconocimiento acérrimo por parte del otro (*dame la razón a toda costa; validame o me enfurezco (te anulo); acepta mi verdad o eres un tonto; escúchame y escúchame sin parar*), sino, que será una solicitud legítima, balanceada y respetuosa en su comunicación e interrelación con el otro. Por lo tanto, continuaremos analizando la contraparte donde la atención de este grupo nucleico no ha aportado la atención adecuada al infante por no poseer la suficiente empatía para advertir las necesidades del niño (*de las cuales algunas son generales a la naturaleza humana y otras particulares del individuo*) y se verán exhibidas en comportamientos perturbados que reclaman del otro reconocimiento exacerbado en la edad adulta.

Aquí cabe aclarar que esa *necesidad perturbada de reconocimiento y validación* por parte del otro, tiene distintas manifestaciones dependiendo de las particularidades y naturalezas singulares de cada individuo¹. Ejemplo: Puede que a alguien le importe muy poco ser reconocido como un buen deportista, y cuando reciba un comentario negativo a su leve habilidad deportiva, ni se de por enterado, ya que es posible, que este sujeto no haya construido su valor identitario o personalidad (*el personaje que presenta al mundo para obtener reconocimiento y vínculos*) entorno a esta habilidad o conocimiento; pero si enfurecerse desproporcionadamente cuando se le contradice o no se le reconoce su conocimiento en cuanto a su saber en ciencia. O el caso, de aquella persona que ni se inmuta en temas de partidos políticos, pero si no se le avala y estás de acuerdo en que “la tierra es planta”, te insulta y ni te vuelve a hablar.

1. Recordemos que la construcción de identidad, o sea, las herramientas, habilidades, comportamientos que perfeccionamos (nuestra propuesta de valor) van a variar dependiendo del valor que percibamos consciente y subconscientemente nos va a garantizar ser valorados por el entorno. Esto quiere decir, que construimos nuestra propuesta valor con base a los acuerdos de valor que el contexto socio-histórico en el que nos estemos desarrollando tenga establecidos y solicite a sus participantes.

Esta clase de *perturbación narcisista* es una programación que tiene su raíz en la relación apática de los progenitores con su descendencia, dejando una huella mnémica que imputa a su poseedor a buscar desafortunadamente afuera lo que no tiene adentro (tampoco sabe qué es lo que le hace falta y no reconoce con claridad); a poseer abusivamente en el exterior de lo que carece interiormente, a controlar acérrimamente sus contextos para contrarrestar la inseguridad con la que percibe el mundo porque aún en la adultez sigue siendo un niño inseguro al cual su subconsciente le dice: -“*El mundo es peligroso, porque mi ascendencia no me hizo sentir seguro en él*”-. Nuevamente, vale la pena puntualizar que cada individuo desarrollará su *patología narcisista* dependiendo de su naturaleza particular y las experiencias recibidas en su infancia, algunos desarrollarán el valor de su “fachada de identidad” a través del saber cierto tipos de cosas, otros sienten buenos en esto, otros siendo extremadamente capaces en aquello, pero lo que les caracterizará es que al contradecirles en algún específico ítem, pierden el control de su emocionalidad desafortunadamente.

Este sujeto se va a ver conminado a embarcarse en la furiosa tarea de tener poder (radicalismo) en el mundo, poder del cual carece interiormente, ya sea porque no se le fue reconocido (enseñado) por sus relaciones significativas para que él mismo se auto-reconociera, o se le expropió de su poder personal a través de ejercicios de negación y alienación que buscaban desarrollar de él una expectativa distinta a lo que el sujeto deseaba ser y su naturaleza solicitaba (no se le motivó u apoyó a que se descubriera), sino que debía ser lo que se solicitaba de él en concordancia a los acuerdos socio-familiares (resumen: no fue reconocido). Por lo tanto, este sujeto que no tiene la habilidad de reconocerse y saberse a sí mismo valioso o poderoso, se ve ordenado de manera obstinada a negar o expropiar a otros de su poder para él sentirse poderoso. Es aquí donde la relación con el poder se vuelve maquiavélica.

Poder hacer

Es importante subrayar que esa necesidad alterada de estar en lo correcto, de “dame la razón, tienes que darme la razón”, “Lo mío es lo válido, lo tuyo no”, “debes vivir de acuerdo a mis preceptos”; es un ejercicio irregular de construcción y reafirmación de la identidad que está intrínsecamente relacionado con la necesidad alterada de tener poder, poder en exceso, prolongado, indiscutible e inquebrantable ¿Por qué?.

Entendemos el Poder como la capacidad de *poder hacer, poder lograr, poder conseguir, poder satisfacer*. O sea, la construcción de identidad en aquellos sujetos que buscan la subordinación del otro de manera violenta se ve fuertemente influenciada y validada cuando es capaz de hacer que: el otro haga, el otro entienda, el otro acepte (Foucault y otros, 1992).

El *poder hacer* es indispensable para la supervivencia. Volviendo brevemente a la prehistoria, imaginemos por un instante, que somos aquel homo-sapiens que podía cazar, cultivar o construir resguardo. Esa clase de *poder hacer* se interrelaciona con el *poder* que tenemos para estar en el grupo e influir en él, entre más “podamos” en el grupo, más garantías tenemos de pertenencia, y por ende, nuestras opciones de sobrevivir aumentan. Si podemos ser “poderoso” ya sea por nuestra capacidad de cazar, construcción de vivienda o protección del grupo, más indispensables y **valiosos** nos volvemos para la tribu. Pero no sólo esto, entre más podamos influir en las decisiones de los demás (carisma, política, negocios), también somos más vitales para el clan. Influir en las decisiones de la comunidad implica sobrevivir, y ser poderosos, está en

directa relación con el reconocimiento que hay de nuestro *poder hacer*, y por consiguiente, de nuestra identidad. No lograr intervenir adecuadamente en las dinámicas del grupo tiene un efecto devastador sobre nuestra personalidad y poder personal (*poder hacer*), amplificando las inseguridades y búsqueda de sustitutos para diezmar el desequilibrio ocurrido por esta carencia.

Aquel infante que crece no siendo atendido con afecto en sus necesidades básicas (biológicas, afectivo corporales, emocionales, intelectuales, libidinales, sociales) (Maslow, 1991), genera una enorme herida emocional de inseguridad frente a su entorno y sí mismo. Por un lado, porque no se siente *capaz* de *poder hacer* al no tener un discurso interno que le reconozca apto, ya que el otro, en este caso, las relaciones significativas padre-madre, no le han ayudado a construir por la falta de atención y vínculo, suscitando un dialogo interno de poco valor e incompetencia (*no poder hacer*). Por otro lado, se ha reafirmado el hecho de que el mundo es dañino, peligroso y no se tiene vínculo con él, o es un vínculo pobre o menguado, por las mismas razones mencionas anteriormente, falta de protección, atención y afecto. Por lo tanto, las necesidades de seguridad de este sujeto serán inmensas, ya que, los miedos provenientes de no contemplarse como una persona segura y del discurso instaurado de un entorno peligroso, por la falta de cuidado por parte de sus relaciones objetales, representa que cualquier cosa, puede destruirle y con ello devastar su identidad. Por consiguiente, este sujeto construirá una muralla infranqueable para la protección de su ser, que siente miedo del mundo y de sí mismo. Resguardarse es vital, debe cobijarse y aferrarse a “certezas” (así sean falsas ficciones) que le brinde protección, ese cuidado y seguridad que no obtuvo en la infancia y aún anhela.

La otra característica subsecuente de este estado de protección alarmante es arremeter violentamente contra cualquiera que pueda poner en riesgo esas “certezas”, por lo cual, el otro debe ser sometido o destruido, ya que es su seguridad y supervivencia es la que está en juego.

La seguridad de saber *qué se tiene* y *quién es*, es ofrecida por sustitutos, representados en alguna ideología, creencias, grupo, clanes, etc., estos soportes sustitutos son algo que el sujeto no puede darse el chance de perder, ya que estas estructuras le ofrecen protección frente a sus carencias, temores, dolores y ansiedades, y soportan su endeble identidad.

Narrativas subconscientes

El discurso interno de quien construye fortalezas radicales y estereotipadas a partir de sus creencias, y arremete con violencia o displicencia hacia cualquiera que las cuestione, va algo así: (antes de comenzar a leer los siguientes apartes distribuidos en esta sección, recomendamos repasarlos con cautela, ya que, son fragmentos de diálogos reunidos y mezclados de diversas personas durante sesiones de autoconocimiento en catarsis, la narrativa de los mismos es cíclica, reflejando el conflicto que se suscita en el subconsciente de los individuos y quizás, de nosotros mismos, por lo tanto si lo considera necesario, sensible o monótonos, puede saltar hasta el siguiente párrafo).

-Estoy inseguro de quien soy, de lo que tengo, de lo que valgo, porque no sé, no supe de mi. Mis vínculos significativos no me hicieron sentir valioso, ni me permitieron reconocer mi poder o no lo pude desarrollar, y ahora a la primera muestra de reconocimiento, de certeza, de seguridad, al sentirme apoyado por ciertas ideas propuestas por una corriente, movimiento o grupo, debo defenderlas, debo defender las creencias que mantienen unido a este grupo, y si se mantiene unido sobrevivimos. Debo defender mi identidad, porque mis miedos y vacíos son una propiedad, una propiedad que construyen lo que yo soy, y si yo soy, valgo, si no soy, no

valgo, y no puedo permitir eso, no puedo permitirles, ni permitirme no ser, no puedo perder mi identidad, tengo miedo de no ser, porque no ser significa ser excluido, y si soy excluido recuerdo subconscientemente mi herida de no vinculo en la infancia, si soy excluido no tengo vinculo, y si no tengo vínculo, no pertenezco, y si no pertenezco mi supervivencia se ve diezmada y puedo perecer; debo pertenecer a toda costa, a toda costa porque mi grupo primario falló, mi clan primigenio no me vio, ahora necesito que este otro clan o esta otra persona lo sustituya, lo llene, llene lo que no tuve, estas ideas me dan seguridad, estas ideas que quizás no son mías, son de otro, me prometen seguridad, seguridad para sobrevivir, me ofrecen protección de los males del mundo, de lo malo. De lo malo que es lo diferente y no reconocido-

Quizás la narrativa para diferentes personas con una normalización de las violencias no vaya con la misma sintaxis y gramática utilizada, y mucho menos es un discurso perceptible por quien ejecute la violencia. Todo esto sucede a un nivel muy subconsciente con otras estructuras lingüísticas, pero en el ejercicio de darle voz a ese subconsciente, el anterior caso puede darnos un marco de referencia al conflicto que la persona ***que actúa violentamente en casos donde su vida no se encuentra directamente en riesgo de muerte o condiciones de extrema precariedad socio-económica***, se encuentra conminado.

Nos han enseñado a ver el mundo en términos de bueno y de malo, de verdad y de mentira, de correcto e incorrecto, y no de diferente, diverso, cambiante, múltiple. Por el contrario, se nos obliga a ideales radicales de -o eres esto o no lo eres-. Las estructuras binarias aportan algo que puede ser manejado con cierta facilidad, algo que puede ser entendido sencillamente, reduciendo la bastedad angustiante de lo múltiple a dos opciones -lo que se debe hacerse (o ser) y lo que no-. La ansiedad de pensar y construir criterios por uno mismo, la inseguridad de no tener certeza son tareas que requieren coraje y valía. Quien no se aventura a la angustiante tarea de decidir por si mismo, de honrar su poder personal por que se haya impedido de ello o no ha desarrollado la habilidad de contar la historia de su corazón, y se resguarda obstinadamente en la comodidad del preestablecido binario, puede poseer un discurso interno que relataría de la siguiente manera:

-Esto me es fácil de manejar, algo controlable, algo que me hace sentir seguro, seguridad a mis inseguridades, a mis miedos, a mis dolores, a mis temores, a mis heridas, seguridad para darles gestión, para protegerme de cualquier cosas que las pueda hacer salir a la luz, hacer salir a la luz que mi padre no me quiso, hacer salir a la luz de que mi madre no me permitió ser, hacer salir a la luz que mi padre realmente no fue tan buen padre, hacer salir a la luz que mi madre en realidad fue una mala persona. Pero no puedo ser desagradecido porque me dio la vida, entonces en ese agradecimiento no puedo reconocer ni sentir todo lo malo que hizo, y me duele, me duele que no haya estado ahí, me duele que me haya faltado, que no me haya visto, yo era un(a) niñ@ pequeñ@, ¿Cómo pudiste abandonarme papá?, yo era tu hij@, necesitaba que me amaras, que me dijeras que era valios@, pero te importo más tu moza, o tu trabajo, o tu plata, o tus placeres que yo, yo que era pequeñ@ y necesitaba de tu cuidado, atención y protección, el temor de quedarme sol@ porque no sabia si ibas a volver o no, el mundo era grande y peligroso y tu no me protegiste porque tu padre no te protegió, y el padre de tu padre no le protegió, tengo miedo, tengo miedo de niño, tengo miedo de no saber quien soy porque tu nunca me lo dijiste, tengo miedo de no saber quien soy, porque siempre me hiciste sentir muy poca cosa, que no era capaz, que no podía, cuando hacías las cosas por mi, cuando me decías con violencia que tenía que hacer y que no. Obligado, me quitaste mi poder, mi capacidad, cuando no podía cuestionar porque tu eras el que sabia y yo no, y tenía que quedarme callad@ y escuchar porque tu eras la autoridad inquebrantable, tengo miedo porque no sé quien soy y que tengo, miedo y dolor porque me faltó amor, amor para saber que soy valioso y merecedor de amor, me siento inseguro porque me sentí incapaz al no poder tener tu atención, al no poder acceder a tu cariño, a tu cuidado, tengo miedo porque no soy capaz. Tengo miedo de darme cuenta de esto, tengo miedo porque me va a doler, tengo miedo porque si sale a la luz, el mundo peligroso me puede destrozarse al ver que soy frágil

y vulnerable, no puede ser, no me lo puedo permitir, no me lo voy a permitir, y como no me permito no se lo voy a permitir al mundo-

Palabras más, palabras menos, algunos cambios entre persona y persona, así va el discurso interno (no reconocido) de aquellos que se refugian exacerbadamente en clanes, ideologías, posiciones o posturas políticas. Que debido a ese conjunto de miedos, dolores y temores deben y necesitan férreamente construir estructuras de seguridad que les protejan ferozmente, porque todavía son niños asustados, inseguros y dolidos, necesitan proteger a toda costa su territorio de identidad, porque sobre esos miedos, dolores y e inseguridades han construido la “certeza” de saber quienes son y que tienen.

Han levantado una fortaleza de fuerza inexpugnable, irrompible, porque si se rompen se dan cuenta de que son infantes vulnerables y el mundo es el coco, el coco que les puede devorar y no sobrevivir. Han edificado una muralla de fuerza contra viento y marea, que necesita obligar al otro a que les reconozca, pero no tienen vínculo con ese otro porque no le sienten, porque aquí no se trata de sentir al otro, sino de doblegarle, doblegarle a su capricho y voluntad, la necesidad legítima de ser visto se ha vuelto capricho, capricho de obtener lo que no se tuvo a toda costa, ¿y que dice ese capricho? :

-Quiéreme, cuidame, protégeme, reconócame, reconócame con el premio de tu atención, reconócame con el premio del juguete porque me he portado bien, reconócame porque he sido un(a) buen(a) niñ@, si me reconoces me ves y si me ves, sobrevivo. Reconócame, dame la razón, si me das la razón valgo, valgo porque mi papá-mamá no me hizo sentir valioso-

El discurso siempre es --reconoce Mamá o Papá (o ambos)-, así esos padres se llamen José, María, Roberto, Martina, Francisca o Francisco y estén interactuando años después con un amigo, pareja, compañero de trabajo, amigo de facebook, o desconocido llamado Jairo, Patricia, Julián, Karla, Teresa. El discurso interno subconsciente detrás de **los actos violentos del perpetuador de la violencia** dice --reconócame papá-mamá (así esté hablando con un extraño), *porque cuando tu me reconoces (extraño) me puedes cuidar, me puedes permitir ser, me hacer saber que valgo, y si valgo, sobrevivo-*. Para estas personas que les des la razón es de vida o muerte, porque es el niño herido, abandonado a los lobos el que sigue hablando.

Si el sujeto con posiciones violentas y binarias estereotipadas te pudiera explicar que pasa dentro de sí, te diría:

-“Dame la razón a toda costa, insultarte y humillarte cumple dos funciones, una que tengo tu atención, una atención deformada de lo que no recibí, pero atención al final y al cabo, atención deformada que es un sobrevivir deformado, y por el otro lado, me valida, me valida en este mundo binario que me han enseñado de bueno y malo, ya que yo necesito ser lo bueno, lo válido, y si soy lo validado, valgo, mi identidad estará asegurada, entonces para asegurar mi validez identitario de que yo estoy bien, tu tienes que estar mal (si yo estoy bien valgo y sobrevivo), tu eres lo que me valida, lo opuesto que me permite ser lo bueno, lo válido, lo correcto, por eso tu debes estar mal, para yo estar bien, Por eso TIENES QUE darme la razón, porque cuando me das la razón, valgo, me validas, me validas como no me validó mi padre-madre y estoy buscando esa validación de mi madre-padre en todos, en todos ustedes, en los que me validan y en los que no... lo necesito para sentirme seguro, seguro porque tengo mucho miedo, mucho dolor, mucha inseguridad. Tienes que darme la razón, o te parto la jeta, tienes que ser igual que yo, porque yo soy lo que esta bien, tu estás mal, tienes que darme la razón, porque si no me la das, ¿entonces estoy mal?, ¿entonces no valgo?, y si no valgo ¿quién soy? ¿y si no valgo entonces no soy suficiente? Y si no soy suficiente no valgo, y si no soy suficiente, no soy capaz, y

si no soy capaz, soy una mierda, y si no soy capaz me van a dejar, me van a despedir, me van excluir, y no puedo sobrevivir, y si no puedo sobrevivir, soy una mierda, pero ah!!! soy una mierda, una mierda de verdad porque mi mamá-papá no me hizo sentir valioso, y si soy valioso entonces soy lo opuesto, no valioso, y lo no valioso vale una mierda, entonces no merezco vivir, merezco perder, fallar, no encontrar, morirme”-, y así va incesante el discurso – “*No, no puedo permitirlo, tienes que darme la razón o te parto la jeta, tienes que darme la razón, porque si no sale a la luz que soy una mierda, y no, no puedo permitir que eso salga a la luz, porque si la gente se da cuenta que soy una mierda, me excluyen y no sobrevivo, me muero, noooo!!!.. pero me merezco morir, y si yo me merezco morir, todos se merecen morir, Dame la razón, dame la razón, validame, validame, validame, cuidame.... Si no, eres una mierda, eres lo malo, eres un imbécil un estúpido, un desviado, tu eres el que no vale, tu eres el que esta mal, porque no voy a aceptar que tengo miedo, no voy reconocer que en el fondo necesito esta seguridad de estar bien, porque me estoy diciendo todo el tiempo que estoy mal. Necesito que me valides porque mi discurso interno de no reconocido me dice que no valgo, DAME LA RAZÓN porque no fui visto, mírame, mírame y dime que estoy bien, necesito saber que estoy bien porque no lo sé. Y si no me la das, eres malo, eres un hijueputa, Tienes que ser de los míos, porque si no lo eres, eres lo otro, y lo otro es lo falso, porque yo tengo que ser la verdad, y lo falso no puede existir, debe ser eliminado, la mentira es mala y falsa, por eso tu no vales y si no vales, no vales porque no te reconozco, y si no vales no eres, y si no eres, te puedo destruir. Ahh ganar!!!, ganar eso me da reconocimiento, me da validez, tengo que ganar a toda costa, porque ganar también simboliza tener poder, necesito tener poder, porque no me siento poderoso, mi mama-papá no me permitió reconocer que tenia mi poder personal, ahora necesito tener poder sobre otros, sobre muchos, que me validen y me den la razón, debo ganar porque ganar es tener poder sobre el otro, puedo ejercer mi necesidad de tener razón para que la gente piense lo que yo pienso, crea lo que yo creo a la fuerza, porque el mundo no puede ser diverso, tiene que ser mi visión del mundo, porque eso me dará seguridad, tiene que haber unidad, porque la diversidad es peligrosa, es difícil de manejar y de controlar, y lo que no puedo controlar me hace sentir en demasía inseguro, no!!!, debo controlar, debo tener la capacidad de poder controlar, para sentirme seguro, control a todos para poder tener poder sobre todos, porque tengo tan poco poder y reconocimiento de mi poder personal, que necesito tener el poder de los demás, es más, como a mi me expropiaron de mi poder, no sé que lo tengo, vamos a expropiar a lo demás de su poder y así los podré controlar, para que me den la razón, para que me validen, papá-mamá quiéreme, mamá-papá no me abandones, mamá ámame, papá acaríciame- y repite – Necesito que sean iguales a mi, y si son iguales son fáciles de controlar y manejar, me da seguridad, lo diferente lo destruyo, y si no son iguales a mi, hago un berrinche y los humillo-*

Así, mas o menos es el discurso interno del que busca el poder en demasía, el que insulta para que le den la razón, el que golpea para que le atiendan, para que le validen. Son niños asustados, sin mamás-papás que los vieran. Así mas o menos va el discurso del joven hincha que golpea al otro porque sencillamente es del otro equipo y necesita ratificar su identidad; así va también el *duquista* que dice “esos *petristas* son pura basura”; asimismo, el *petrista* que dice que todos los *duquistas* son corruptos; el religioso aferrado a que todo lo distinto a su creencia está mal; los ideólogos que denigran y humillan a sus opositores; los ansiosos de poder exacerbado, los caudillos de muchos, los que se prolongan en el poder de manera perpetua y férrea, estos, andan buscando la aprobación, escudriñando los ojos de sus padres en los demás, pero eso, no lo pueden decir (porque ni siquiera lo saben), entonces montan un discurso con promesas de cambio, seguridad,

unidad, orden para que les preste atención. Así van mas o menos los que al no ser reconocidos por otro se deprimen o se enfurecen hasta maltratarlo; incluso los que denigran el trabajo de los demás para validar el de ellos; igualmente esos jefes que llegan al poder a costa de cualquier cosa; aún los padres que no dejan a sus hijos ser. Así vamos mas o menos, muchos de nosotros en una cultura patriarcal y machista. Hijos de padres ausentes, duros, farreros, insensibles; herederos de madres sobreprotectoras y sumisas, donde los niños-macho no pueden llorar y las niñas-hembra deben disponer, así continuamos en una cultura en la que se mutila el sentir, y donde nos hace falta mucho contacto físico, afecto y placer sensual (Prescott, 1975). Padres que no se comprometen con la labor de ser padres; personas que tienen hijos por tenerlos sin saber ser formadores; una cultura de adultos-niños que buscan a su madre o padre en los ojos de millones y de otros; de adultos niños que no se permiten reconocer sus vacíos, porque en una cultura patriarcal la debilidad, la vulnerabilidad y la fragilidad se castiga con la exclusión, y estar excluido es morir, y nadie quiere estar totalmente excluido. Por eso, para sobrevivir nos aferramos y defendemos a muerte aquello que nos hace sentir *parte de*, que nos da vínculo, identidad y seguridad. Esa es la cultura, de los que no establecen límites con respecto, sino con violencia inflexible y férrea.

Comentarios Finales

Uno de los objetivos de este ensayo es reflexionar sobre las raíces de nuestras violencias. Si las podemos ver, las podemos gestionar, si las podemos gestionar, podemos volvernos actores de nuestra historia y no reactivos a las situaciones: -me pegas, te pego-, sino por el contrario, me atacas y entiendo porque lo haces, comprendo de donde viene tu movimiento. Si sé de donde viene tu conducta, sabré que darte; entregarte la atención que tu madre o padre no te dio, el silencio que necesitas, el abrazo que requieres, el amor que te faltó, el espacio para tu desarrollo; a eso me refiero con actuar y no reaccionar.

Este ensayo no pretende ser una verdad totalizadora sobre las razones de ***los comportamientos violentos en casos donde la vida no se encuentra directamente en riesgo de muerte o condiciones de extrema precariedad socio-económica***, sino una perspectiva sobre los discursos tácitos y subyacente a estos proceder. Invitar a considerar y preguntarnos individualmente, de dónde pueden provenir nuestros ejercicios de poder excesivos con el otro. También dar pistas, para saber cuando ejercer una palanca adecuada para no seguir perpetuando las violencias. Quizás, no intentando convencer ferozmente al otro, sino revisando nuestro propio sistema de *padre-madre-hijo*, ya que al hacerlo, re-significamos esa organización, y por lo tanto, no necesitaremos férreamente de coaccionar al otro a que crea lo que yo creo, a que sea *otro yo* (síndrome del dictador), sino que el otro, también puede ser en su tiempo, le damos su espacio, así como nosotros necesitamos el nuestro para un adecuado crecer.

Si ves estos comportamientos en alguien de tu contexto, entenderás que son individuos con heridas en su sistema *padre-madre-hijo*, carencias no resueltas que se siguen reflejando en proceder actuales, buscando resolverse a través de alguien más, un alguien más que termina siendo un reflejo transferido no identificado del causante de la aflicción en el pasado (mamá-papá).

También al reconsiderar estos actores violentos, podrás comprender que el sistema de supervivencia del ejecutor está un poco desajustado (o muy desplazado) y puedes decidir conscientemente si acercarte o

alejarte de ese tipo de interacciones o disponerte de diferente manera con esta persona. Especialmente, porque si has resuelto los vacíos dentro de ti, y los has llenado con amor propio y gente valiosa a tu alrededor (relaciones significativas), no habrá necesidad de humillar al otro, o de tener la razón. Entonces, posiblemente, también puedas tener un proceder amoroso para con ese que lo este buscando a través de la violencia, porque al final esa violencia es un grito de “ámenme”.

Bibliografía

- Alonso, M. G. (2009). El regreso de las abejas perdidas. Los niños salvajes en los límites de la cultura. *Revista de dialectología y tradiciones populares*, 64(1), 41-60.
- Boggon, L. S. (2006). Violencia, agresividad y agresión: una diferenciación necesaria. In *XIII Jornadas de Investigación y Segundo Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur*. Facultad de Psicología- Universidad de Buenos Aires.
- Bowlby, E. J. M. (2008). *Attachment: Volume One of the Attachment and Loss Trilogy*. Random House.
- Dle.rae.es. (2018). [online] Available at: <http://dle.rae.es/?id=bJeLxWG> [Accessed 12 Oct. 2018].
- Foucault, M., Álvarez-Uría, F., & Varela, J. (1992). *Microfísica del poder*. La Piqueta,.
- Huertas, R. (1997). Los «Niños salvajes» y la medicalización de la deficiencia mental. *Revista de dialectología y tradiciones populares*, 52(1), 217-234.
- Kohut, H. (2013). *The analysis of the self: A systematic approach to the psychoanalytic treatment of narcissistic personality disorders*. University of Chicago Press.
- Maslow, A. H. (1991). *Motivación y personalidad*. Ediciones Díaz de Santos.
- Prescott, J. W. (1975). Body pleasure and the origins of violence. *Bulletin of the Atomic Scientists*, 31(9), 10-20.
- Rogers, C. R. (1963). Toward a science of the person. *Journal of Humanistic Psychology*, 3(2), 72-92.
- Vigotsky, L. S. (1987). Historia del desarrollo de las funciones psíquicas superiores. *La Habana: Editorial Científico-Técnica*, 456.